

## Muerte de Francisco, hijo de Andrés

Con la efigie, ilustrado de un ángel  
de ojos enormes, un recordatorio  
piadoso conmemorando la fecha  
del fallecimiento de Francisco,  
repartido fue entre los asistentes  
a la misa, que fueron pocos.

Tan sólo  
con dieciocho años, el joven suicida  
determinó privar a quienes le amaban  
de su juventud en sazón, su belleza  
exquisita y abierto carácter bondadoso  
para con todos. Y alguien que amó  
mucho a Francisco en secreto, acude  
a su tumba reciente cada tarde y ora  
a su modo ante el retrato, por la sombra  
del adolescente que ahora es viajera  
por el empíreo del anhelo no colmado.  
Allí le saldrán al encuentro, con eleusina  
y granado coronadas multitudes jóvenes  
de amados por los dioses; Eurión entre ellos,  
discípulo de Aristóclito, Jasón de Comagena,  
hijo de Cleandro, y otros del serrallo  
utópico del Poeta. Ventrán a él, a tomarle  
de las manos, con el taciturno primogénito  
de la risueña Sinforosa el esclavo sublime  
de los circunloquios socráticos y el pequeño  
Ramón, tan guapo y formal, que le ofrecerá  
su bicicleta, con la que emprenderá carrera  
vertiginosa por un fenal de trébol e infinito,  
para volver a un plácido cansancio y a beber  
de la sonrisa de la morocha y dulce Pencha.

En una estampa perfilada de luto  
con la maravillosa cara del Ángel  
de Salzillo —ese Apolo cristianizado—,  
impresa sin fasto alguno y repartida  
entre todos los presentes a la puerta  
de la iglesia, después del funeral,  
dos fechas constan enmarcando  
breves y ligeros años. Un cuerpo,  
cuyo vigor alcanzan y comparten  
las vírgenes reconditeces del Misterio,  
desnudo y determinadamente viril surge  
del flujo y reflujo opalinos del mar  
de la memoria. Con Francisco, más allá  
o más acá de Dios (algo que no admiten  
jamás los soberbios cristianos) están  
esas cosas bellas e irredentas  
y dolorosas de la vida, que deberán  
ser acogidas con piedad muy humana.

Del libro «Suite Salzillesca».

En este poema se mezclan recuerdos personales del autor con histórico-personales de Cavafis. Su intención no es anticristiana sino crítica, desde la emoción de una estética pagana, frente a ciertos prejuicios religiosos que niegan su consuelo al desesperado o estoico violento de su vida y, por extensión, a sus deudos y amigos.

S. P.

Soren Peñalver

## Deterioro de un ángel

Cuando el tío de fuerte carácter, los primos núbiles, el párroco algo mundano y las mujeres de su círculo, o Pepe el peón circunspecto o el gigante voluptuoso Lorenzo se expresaban acerca de las peculiaridades andróginas del pequeño Cósimo, pasmados o admirados quedaban en su contemplación; luego pasaban a referir, con elocuencia llana, la cara sublime del Ángel de la Oración del Huerto. Y aquel pigmalionismo de la analogía alejaba al pequeño de parecidos familiares, de raza o locales más concretos y vulgares, elevándole, sin saberlo quienes le querían, un poco sobre lo vulgar humano, hacia la inerme fantasía. Difícil le sería más tarde recuperarse de aquel estado postergado de la realidad, cuando adulto fuera. Cósimo en adelante estará destinado a una inmadurez carismática absoluta, a las veleidades y coqueterías de las artes, a períodos de chamanismo impertinente y a ir convirtiéndose en el ciudadano sospecho típico, infiel y desertor del Banquete. Designando para sí el recurso de la selva como finalidad práctica (aquello que sugestionó su imaginación cuando se refugiara en secretas literaturas) y resignado náufrago de su infancia, sumado al corro de ángeles hílicos, más corruptos, y propicio a las insidias del conocimiento y a una vanidad venial muy dispensables, Cósimo demora sus días replegado a su ambivalente pretérito del que no le rescata ni desmemoria la maldad del tiempo. Y al fin su verdad halla en un vino más fuerte que el ignorante amor: el malvasía de la sapiente y equívoca lujuria.

Soren Peñalver

Del libro «Suite Salzillesca».

